

SOCIOCRÍTICA Y PENSAMIENTO SISTÉMICO

Mirko LAMPIS

(Universidad Constantino el Filósofo de Nitra, Eslovaquia)

Palabras clave: Pensamiento sistémico, sociocrítica, texto, cultura.

Resumen: También en los estudios literarios y culturales se están difundiendo los supuestos teóricos y las metodologías que caracterizan el pensamiento sistémico (o relacional, o complejo). Se analiza en este artículo la dimensión sistémica de la Sociocrítica.

Mots-clés: Pensée systémique, sociocritique, texte, culture.

Résumé: Aussi dans les études littéraires et culturelles se multiplient les hypothèses théoriques et les méthodologies qui caractérisent la pensée systémique (ou relationnelle ou complexe). Cet article traite de la dimension systémique de la Sociocritique.

Keywords: Systemic thinking, sociocriticism, text, culture.

Abstract: The theoretical assumptions and methodologies that characterize systemic (or relational, or complex) thinking are spreading also in the literary and cultural studies. We analyze, in this paper, the systemic dimension of Sociocriticism.

1. La fórmula de *pensamiento sistémico* (o *relacional*, o *complejo*) se ha convertido, en las últimas décadas, en una fórmula de uso

corriente en el variado dominio de las ciencias. Ecología, matemática, física, biología, psicología, química, sociología, economía, ingeniería, lingüística, informática, filosofía y, naturalmente, estudios literarios y culturales, todos ámbitos discursivos y disciplinarios en los que la importancia de esta forma de pensamiento se ha vuelto patente, conforme aumentaba la necesidad de superar los límites y las estrecheces de las prácticas positivistas, logicistas y racionalizantes.

A la vez modalidad epistemológica, *modus operandi* y modelo científico general, el pensamiento sistémico se nos presenta, pues, como una válida alternativa a aquellos mismos métodos y teorías que han marcado el nacimiento y el éxito de la ciencia occidental: la simplificación, la reducción y la abstracción. Sus principales características definitorias se pueden resumir del modo siguiente (véase también Lampis, 2011):

- 1) El pensamiento sistémico se ocupa de totalidades (sistemas, campos, dominios), redes integradas de relaciones que definen, de manera global, una serie de objetos, operaciones y procesos pertinentes; su conocido lema, *la totalidad es mucho más que la suma de sus partes*, no significa sino que el interactuar de los componentes que integran un sistema genera un comportamiento de alto nivel que modifica y condiciona el operar y la deriva de esos mismos componentes (las interacciones que integran el conjunto forman ligaduras operacionales).
- 2) Los objetos de que se ocupa la investigación (experimental y teórica) son conjuntos integrados de relaciones cuyas fronteras varían (*cuya identificación varía*) según las relaciones consideradas; estos objetos no sólo *son*, sino que también *participan en* redes de relaciones, y su valor para la investigación estriba, precisamente, en las relaciones en que participan.

- 3) Las relaciones de las que se ocupa el pensamiento sistémico son relaciones dinámicas, relaciones que cambian en el tiempo y según las condiciones de contorno; son, en otros términos, procesos históricos.
- 4) El patrón de relaciones internas que identifica a un sistema constituye la *organización* de ese sistema, organización entendida, precisamente, como el conjunto de aquellas relaciones sin las que el sistema no existiría o no se reconocería como tal.
- 5) El investigador-descriptor no es nunca un elemento externo a la red que describe; su actividad es parte integrante del sistema y contribuye por tanto a delimitar, ratificar o rectificar las relaciones que lo identifican y definen (su organización).
- 6) Asimismo, el investigador-descriptor no puede conocer ninguna realidad objetiva e independiente de lo que él *es y hace*: todo conocimiento depende de la legalidad estructural y operacional del sujeto cognoscente, legalidad que está determinada por la deriva orgánica, relacional y social del propio sujeto.

2. Bien se puede decir que todas las teorías literarias y culturales contemporáneas presentan elementos y rasgos que las acercan, en parte, al pensamiento sistémico. Ni podría ser de otro modo, si consideramos la gran relevancia o trascendencia que en nuestras disciplinas han tenido y siguen teniendo las nociones clave de *sistema* y de *relación*. Sin embargo, las prácticas y los objetivos de la investigación literaria y cultural son a menudo de tipo reduccionista y la investigación está dirigida sobre todo a la individuación de aquellos “elementos y leyes fundamentales” que rigen la “estructura profunda” de lo investigado y, por tanto, a la producción de unos constructos teóricos simplificados que luego, con frecuencia, se presentan como el único y legítimo objeto de la praxis científica.

Salvo que la totalidad, tras ser adecuadamente fragmentada, seccionada y simplificada, vuelve, una y otra vez, a reclamar sus prioridades.

Es indicativo, en este sentido, el ejemplo de Hjelmlev, el más analítico, quizás, el más reduccionista de los estudiosos de las manifestaciones lingüísticas, quien, sin embargo, parece sugerir que lo que en último término justifica todo procedimiento analítico es, precisamente, la *catálisis*. Es decir, en su terminología, la necesaria recomposición de las partes en una unidad mayor, ya que la mera elección de un objeto para el análisis y del análisis más adecuado para ese objeto dependen, en última instancia, de cómo conectemos ese mismo objeto a otras clases de objetos, a otras clases analíticas más extensas. Así pues, toda la cadena de operaciones analíticas *puede* interpretarse como una catálisis cuyo resultado es el de conectar una sintagmática dada (es decir, un objeto o proceso material estructurado de cierta forma) a una paradigmática (es decir, un sistema organizado de elementos significantes) (Hjelmlev, 2009: 97). En otros términos: la individuación y el estudio de una sintagmática depende de su inclusión en alguna paradigmática preexistente.

Como también ha señalado Eco (1979: 10), cualquier intento de aislar y definir una forma significativa necesariamente comporta el reconocimiento previo de su pertinencia con respecto a una hipótesis global que se adelanta a (y justifica) la propia práctica descriptiva. Y Gadamer (1983: 340-341): entender el significado de las partes y relaciones que integran un texto implica necesariamente una labor que se desarrolla a partir de ciertas expectativas de sentido (prejuicios), las cuales se derivan de un contexto precedente¹; así pues, el comprender (comprender las partes a la luz de la totalidad y la

¹ En este sentido, resulta correcto decir que todo conocimiento es *epigenético*, pues se desarrolla a partir de conocimientos previos.

totalidad a la luz de las partes) ha de entenderse, más que como una actividad individual del sujeto (una actividad analítica), como una participación activa en un proceso de transmisión histórica (*en una tradición de sentido*) que orienta toda posible interpretación.

3. La búsqueda y la individuación de elementos y relaciones fundamentales, de estructuras profundas de significado, operación que bien define ciertas prácticas analíticas de tipo estructuralista, generativista o cognitivista, no acota, en efecto, el problema de cómo los textos y sistemas culturales nacen, circulan y derivan, conservando su identidad y adquiriendo, a la vez, *nuevos* significados. Y es en relación con esta dificultad teórica como se vuelve especialmente relevante la dimensión sistémica de algunas teorías culturoológicas contemporáneas. Me refiero, sobre todo, a la semiótica de la cultura de Iuri M. Lotman, a la teoría de los polisistemas del profesor Itamar Even-Zohar y a la sociocrítica del profesor Edmond Cros.

4. Nos centraremos, aquí y ahora, en la sociocrítica, paradigma que, dada su estrecha relación con el estructuralismo (y con el léxico y las metodologías estructuralistas), representa un terreno particularmente fértil a la hora de considerar sus posibles implicaciones e implicancias sistémicas, especialmente si estamos de acuerdo con Derrida (2002: 207) y creemos que lo que nunca podrá ser comprendido, en una estructura, es por qué dicha estructura *no está cerrada* (es siempre algo como una *apertura*, nos dice Derrida, lo que hace fallar el asunto estructuralista).

Y, en efecto, la sociocrítica, lejos de aceptar acríticamente el legado reduccionista y anti-historicista de Saussure², se nos presenta

² No se pretende aquí poner en tela de juicio la importancia y el valor teórico y paradigmático de las operaciones gracias a las que Saussure pudo fundar, de hecho,

como un intento cabal y coherente de superar los límites y aporías del análisis estructural, colocándose programática y conscientemente en esa corriente de pensamiento que intenta recomponer, en modo dialéctico, la unidad necesaria e imprescindible entre estructura e historia.

5. Cros se expresa con mucha claridad a la hora de indicar las fuentes y teorías que contribuyeron a la génesis de la reflexión sociocrítica. En primer lugar, el *estructuralismo genético* de Lucien Goldman, que ya representaba un intento de síntesis entre los modelos de la crítica estructuralista y la crítica marxista de Lukács. De Goldman, pues, Cros no hereda sólo las dos nociones, centrales en su teoría, de *sujeto transindividual* (dominio colectivo en el que operan y se coordinan diferentes sujetos individuales) y de *no consciente* (ámbito de significación social cuyas tensiones y variaciones dejan constancia en el texto producido independientemente de las intenciones del autor), sino también, y sobre todo, la idea misma de una posible y fructífera coordinación entre dos nociones que hasta entonces los estructuralistas “a la Saussure” y los vulgarizadores del marxismo habían percibido como antitéticas: la noción de *estructura* (en tanto que sistema cerrado cuyos elementos se interdefinen) y la de *génesis* (en tanto que proceso históricamente determinado de formación o emergencia cultural). Y es precisamente gracias a esta reconciliación (o mejor aún: a este desplazamiento) entre crítica estructuralista y marxista, entre estructura y génesis, entre análisis estructural y análisis dialéctico, cómo el texto cultural adquiere su

un nuevo campo científico y disciplinario. Pero sí se quiere llamar la atención sobre la necesidad de reflexionar sobre las consecuencias históricas del “éxito” logrado por dichas operaciones.

dimensión más propiamente sociocrítica. Ya que la historia es, tal como señala Cros (2009: 56) “el fundamento de toda estructura” y la sociocrítica, precisamente, el intento de “sacar a la luz las modalidades que rigen la incorporación de la historia en las estructuras textuales”.

6. También los demás autores que, con Goldman, contribuyeron al momento fundacional de la sociocrítica nos ayudan a encuadrarla en un marco eminentemente sistémico. En primer lugar, los formalistas rusos, especialmente Tynyanov, y Bajtin; y también Iuri Lotman, cuya obra Cros podía asociar al estructuralismo eslavo (*Estructura del texto artístico* es de 1970) y cuyas teorías ya presentaban un fuerte sesgo sistémico (véase Lampis, 2011).

Entre las características que acercan el pensamiento de Cros a la obra de estos autores cabe destacar al menos las siguientes dos: 1) una gran atención hacia la estructura material (la forma expresiva, significativa) del texto y, a la vez, hacia sus múltiples conexiones con el sistema literario y con el contexto socio-histórico; 2) la idea (presente sobre todo en Bajtin, en la estela del gran psicólogo ruso Lev Vygotsky) de que la propia conciencia humana no es sino un producto cultural, el resultado de las interacciones del sujeto cognoscente con su dominio lingüístico y social de existencia.

Ahora bien, la obra de Tynyanov, Bajtin y Lotman reviste una importancia capital también en la teoría de los polisistemas de Even-Zohar, quizás la teoría culturoológica contemporánea más programáticamente sistémica. Pero Even-Zohar (1999), a diferencia de Cros, opone explícitamente estos autores, precursores y fundadores de lo que él define como *teoría de los sistemas dinámicos*, al estructuralismo, o *teoría de los sistemas estáticos*. En Even-Zohar, por lo tanto, más que en Cros, se perfila un auténtico *aut-aut*: por un lado, las prácticas estructuralistas, que hacen caso omiso del carácter

profundamente histórico y dinámico de los fenómenos y procesos de la cultura; por otro, las prácticas sistémicas, integradoras, cuyo objetivo es el de entender el texto en toda la complejidad de su red de conexiones y fluctuaciones semiósicas.

Se trata, sin embargo, de un *aut-aut* demasiado rígido, ya que las relaciones entre estructuralismo y pensamiento sistémico son mucho más sutiles y complejas de lo que deja entender el análisis de Even-Zohar. Resultaría más conveniente, por lo tanto, distinguir (asumiendo, una vez más, los riesgos que esta operación siempre conlleva) entre un estructuralismo de tipo más analítico, estático, reduccionista (por ejemplo, Saussure y, en menor medida, Greimas) y un estructuralismo de tipo más sintético, dinámico, integrador (pienso en Kristeva y, más recientemente, en Paolo Fabbri). Otro dato a tener en cuenta es, además, el de que existe una innegable continuidad teórica y metodológica entre el formalismo y el estructuralismo. La noción de *estructura* en Mukařovský, por ejemplo, es muy parecida a la de *sistema* en Tynianov y no hará falta recordar que Jakobson fue un destacado exponente de ambas corrientes (véase Fokkema e Ibsch, 1992).

7. Junto a Goldmann y a la semiótica eslava, es preciso citar también la obra de otros dos ilustres pensadores franceses (dos pensadores que tuvieron el mérito de intentar renovar, desde sus peculiares posturas críticas y universos ideológicos y “arqueológicos”, el lenguaje y las temáticas del estructuralismo): Louis Althusser y Michel Foucault³.

³ Al lado de Althusser y Foucault, no podemos evitar de señalar también a J. Lacan y E. Benveniste, autores cuya influencia Cros reconoce y comenta ampliamente, sobre todo en lo que se refiere a la noción de *inconsciente* y a la dialéctica lingüística (y cognoscitiva) entre el *yo* y el *tú*.

Del primero, Althusser, Cros retoma la noción de *ideología*, entendida como un *sistema organizado* de representaciones que cumplen con una función determinada en una sociedad y época dadas; del segundo, Foucault, la noción de *formación discursiva* en tanto que *conjunto organizado* de prácticas de producción, circulación e interpretación de determinadas estructuras significantes.

Así pues, según Cros (2009: 92-93), en una formación social dada, constituida por un número limitado de sujetos transindividuales que interactúan de manera recursiva, se forman y cruzan diferentes instancias socioideológicas a las que se corresponden diferentes formaciones discursivas, diferentes procesos de creación, manipulación e interpretación textual. Ningún texto, por consiguiente, puede ser considerado como una realidad fija e independiente de lo que la rodea, y ninguna lectura puede ser presentada como definitiva o universalmente correcta, ya que textos y signos constituyen espacios fluctuantes que sólo se estabilizan al participar en determinadas redes de relaciones ideológico-discursivas.

Este dato, sin embargo, no justifica ni apoya ningún desconstruccionismo o relativismo radical, ya que los procesos discursivos que subtienden a la creación textual (y que se derivan, no lo olvidemos, de instancias ideológicas colectivas) siguen actuando en y a través de los textos que producen; el hecho de que el significado fluctúe, en palabras del propio Cros (2009: 91), “no significa que se pueda decir cualquier cosa a propósito de un texto; sigue siendo necesario que las lecturas propuestas se presenten como lecturas coherentes y por tanto aceptables. La noción de *validez* destrona a aquella de *verdad*”. Lo que equivale a decir que también las interpretaciones de un texto, así como su creación, son fenómenos social e históricamente determinados, y por lo tanto complejos, pero no arbitrarios.

8. Es evidente que nociones como las de *sujeto transindividual*, *ideología* y *formación discursiva* son ya, de por sí, nociones que presentan una fuerte dimensión sistémica, ya que designan totalidades organizadas cuyos elementos y formantes estructurales se codeterminan y coderivan en un proceso unitario. Sin embargo, si tuviéramos que elegir la noción más representativa del pensamiento sistémico aplicado a los estudios culturales, sin duda nos quedaríamos, tanto en la obra de Cros como en la de Even-Zohar y de Lotman, con la noción misma de *cultura*. Así la presenta el propio Cros:

La cultura puede ser definida –entre muchas otras definiciones posibles– como el espacio ideológico cuya función objetiva consiste en anclar una colectividad dentro de la conciencia que ella tiene de su identidad. Su primera característica es pues la de ser específica: no existe sino en la medida en que se diferencia de otras, y sus límites son acotados por un sistema de índices de diferenciación. (Cros, 2009: 162).

Podemos precisar que estos índices de diferenciación pueden (y suelen) cambiar según los hábitos descriptivos (y las instancias ideológicas) de quienes operan la identificación, de modo que las fronteras entre culturas (así como entre formaciones discursivas, ideologías y sujetos transindividuales) se resuelven, en último término, en constructos muy relativos y variables: umbrales de intensidad y recursividad interaccional.

La cultura, pues, se nos presenta como un espacio relacional unitario y a la vez heterogéneo, estable y a la vez cambiante; el dominio en el que nacen y derivan las diferentes formaciones ideológicas y los discursos que las sostienen, el dominio en el que operan, interactúan

y se interdefinen los sujetos culturales⁴ y sus memorias. El dominio, finalmente, en el que se entretujan los discursos individuales y colectivos, unas prácticas significantes que necesariamente integran en la estructura material (observable, interpretable, reproducible) del texto no sólo aquellos elementos y relaciones que las definen, sino también aquellas contradicciones y ambigüedades que contribuirán a su transformación. Y es por ello, porque todo texto, toda estructura significativa constituye “un espacio cargado de memoria que liga el presente a un pasado y convoca sujetos colectivos” (Cros, 2009: 94), que la sociocrítica opera buscando aquellas huellas textuales (los síntomas del no-consciente colectivo) que remiten a los procesos y sujetos culturales implicados en la creación de la organización significativa del texto.

9. Se puede decir, jugando un poco con la etimología, que *definir* significa “indicar los *fin*es”, los límites de lo definido. Pero un límite es siempre un espacio-tiempo que separa y a la vez conecta un sistema integrado y el dominio en el que este sistema opera y que, por tanto, no se resuelve nunca en una estructura estable, monolítica, inamovible, sino inevitablemente en un sistema dialéctico y dinámico del tipo “estructura ↔ extraestructura”, “texto ↔ contexto”, “agente ↔ dominio”, “dentro ↔ fuera”, “nosotros ↔ ellos”.

El pensamiento sistémico representa, en efecto, una modalidad de conocimiento caracterizada, entre otras cosas, por una “gran

⁴ “Entiendo por sujeto cultural el lugar donde operan las tres instancias que he distinguido (consciente, inconsciente, no-consciente), lo que hace que designe por tanto simultáneamente: 1. una instancia de discurso ocupada por *Yo*; 2. el surgimiento y el funcionamiento de una subjetividad; 3. un sujeto colectivo constituido por una gran diversidad de instancias discursivas que dependen de otros tantos sujetos transindividuales; 4. un proceso de sujeción ideológica” (Cros, 2009: 161).

obsesión” por los límites (segunda, tal vez, sólo a su “gran obsesión” por los procesos de cambio, siempre que estas dos “obsesiones” se puedan distinguir claramente). Y tanto es así, que el problema del *limes*, de su función y de sus dinámicas ocupa una posición central tanto en semiótica de la cultura como en teoría de los polisistemas (piénsese en la importancia de las nociones de *traducción* y *frontera* en la semiótica lotmaniana o en la importancia de la noción de *transferencia* en Even-Zohar). En sociocrítica, en cambio, dicha problemática parece presentarse con menor fuerza (aunque no con menor trascendencia).

Hallamos, *grosso modo*, una trayectoria común en el devenir de estos tres paradigmas: inicialmente (y, también en las fases posteriores, de manera preponderante), el interés de los autores se dirige hacia las obras y los procesos de la literatura; en un segundo momento, los mismos principios teóricos llegan a aplicarse a todos los textos culturales (artísticos o no); finalmente, la teoría se presenta como una explicación general del fenómeno de la cultura.

En el ámbito de la reflexión sociocrítica, sin embargo, más que en teoría de los polisistemas y en semiótica de la cultura, la praxis investigadora sigue girando, sobre todo, alrededor de textos ampliamente canonizados, textos pertenecientes a un dominio muy codificado y de reconocido prestigio social como es la literatura, textos, por lo tanto, que gozan de una tradición y estabilidad cultural suficiente como para no suscitar demasiados problemas de identificación y estatus. Pero sí, claramente, de *interpretación*.

El hecho de investigar (y de hallar) en un texto sintagmática, semántica y pragmáticamente denso como una obra de arte literaria aquellos elementos significantes que reenvían a determinadas sedimentaciones históricas de sentido, significa también, o sobre todo, investigar los *límites ideológicos* del texto. No lo que el texto “realmente” dice, naturalmente, y aún menos lo que “realmente”

pretendía decir su autor, sino, más bien, lo que el texto aún puede decir al lector contemporáneo acerca de las instancias ideológicas que motivaron y sostuvieron los discursos sociales de los que proceden los materiales organizados en el texto. Comunicación ciertamente posible, pero sólo en la medida en que lector y texto participen en (y contribuyen a) la misma deriva histórica.

10. Derrida, como ya comentamos, afirma que lo que nunca podrá ser comprendido, en una estructura, es justamente por qué dicha estructura *no está cerrada*. Pero el problema no debe plantearse necesariamente en términos de apertura (cambio) y cierre (inmovilidad).

Sabemos que la identificación de una estructura concreta, de un texto, se debe al *reconocimiento*, por parte de un intérprete (una comunidad de intérpretes, una tradición de intérpretes), de una determinada organización signifiante⁵ y podemos concluir, por consiguiente, que si un texto presenta cierta *estabilidad* (llámese, si se quiere, “estabilidad filológica”) es sólo porque se conserva, de intérprete en intérprete y de generación en generación, la organización que lo define; lo que hay que investigar son, pues, las *condiciones sistémicas (culturales)* que producen, sostienen o modifican dicha organización.

La sociocrítica, al investigar y determinar una conexión posible entre determinadas estructuraciones expresivas⁶ y aquellos intertextos e interdiscursos (¿aquellas interideologías?) que, en el plano de hipótesis descriptiva, constituyen (o reconstruyen) el trasfondo sociohistórico

⁵ Será el caso de recordar que la organización (signifiante) de un sistema dado se define como el conjunto de aquellas relaciones (significantes) sin las que el sistema no existiría o no se reconocería como tal.

⁶ Queda abierta, obviamente, la cuestión de qué expresiones investigar, y por qué.

de dichas estructuraciones, nos ayuda a echar una mirada reveladora sobre las condiciones y los determinantes culturales implicados en la emergencia y el funcionamiento semiótico del texto.

Naturalmente, y esto es otro punto central de la sociocrítica, los diferentes recorridos de sentido, las diferentes lecturas que se pueden individuar a partir del propio análisis sociocrítico de modo alguno acaban con la interrogación abierta al texto artístico ni acotan las respuestas que el texto puede dar al relacionarse (durante su larga historia, o en el análisis) con diferentes entramados culturales (pero siempre en el cauce de alguna tradición, fuera de la cual el texto se quedaría mudo).

Aun cuando el texto no tuviera lo que Eco define como *intentio*, ciertamente participaría de modo activo en la fijación y actualización constante de una parcela, aun mínima, de historia colectiva. Que luego en esa historia podamos nosotros, como intérpretes (analistas, críticos y, siempre y sobre todo, lectores), recuperar, confirmar o modificar nuestra propia historia es uno de los hechos más destacables (y nunca suficientemente destacado) del fenómeno de la cultura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CROS, E. (1986), *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos.
CROS, E. (2009), *La sociocrítica*, Madrid, Arco Libros.
DERRIDA, J. (2002), *La scrittura e la differenza*, Torino, Einaudi.
ECO, U. (1990), *I limiti dell'interpretazione*, Milano, Bompiani.
EVEN-ZOHAR, I. (1990), "Polysystem theory", *Poetics Today. International Journal for Theory and Analysis of Literature and Communication*, 11, 1, pp. 9-26.
EVEN-ZOHAR, I. (1999), "Factores y dependencias en la cultura. Una revisión de la Teoría de los polisistemas", M. Iglesias

- Santos (ed.), *Teoría de los polisistemas: estudio introductorio*, Madrid, Arco Libros, pp. 23-52.
- FOKKEMA, D. W., IBSCHE, E. (1992), *Teorías de la literatura del siglo XX. Estructuralismo, Marxismo, Estética de la Recepción, Semiótica*, Madrid, Cátedra.
- HJELMSLEV, L. (2009), *Teoria del linguaggio. Résumé*, Vicenza, Terra Ferma.
- LAMPIS, M. (2011), “La semiotica della cultura come semiotica sistemica”, *E/C. Rivista on-line dell’AISS Associazione Italiana Studi Semiotici*. Disponible en internet: <<http://www.ec-aiss.it/archivio/tipologico/ricerche.php>>
- LOTMAN, I. M. (1982), *Estructura del texto artístico*, Madrid, Istmo.
- LOTMAN, I. M. (1996), *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid, Cátedra.
- LOTMAN, I. M. (1998), *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, Madrid, Cátedra.